

TM/724

EL PARTIDO CONSERVADOR Y LAS CLASES
OBRERAS

CONFERENCIA

PRONUNCIADA POR EL

EXCMO. SR. D. EDUARDO DATO IRADIER

EN LA JUVENTUD CONSERVADORA, DE MADRID

EL DÍA 12 DE DICIEMBRE DE 1911

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FORTANET

Calle de la Libertad, núm. 29.—Teléf.º 991

1912

Ayuntamiento de Madrid

EL PARTIDO CONSERVADOR
Y LAS CLASES OBRERAS

EL PARTIDO CONSERVADOR Y LAS CLASES
OBRERAS

CONFERENCIA

PRONUNCIADA POR EL

EXCMO. SR. D. EDUARDO DATO IRADIER

EN LA JUVENTUD CONSERVADORA, DE MADRID

EL DÍA 12 DE DICIEMBRE DE 1911

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FORTANET

Calle de la Libertad, núm. 29.—Teléf.º 991

—
1912

Ayuntamiento de Madrid

«Señores: Nos hallamos reunidos aquí esta tarde para inaugurar las conferencias organizadas por la Juventud conservadora, á la cual he de agradecer la amable invitación que me ha dirigido, no para que sea yo el primer conferenciante de este curso, sino simplemente para decir algunas palabras que sirvan de modesto prólogo á la labor encomendada á ilustres y más competentes personalidades de nuestro partido.

Impulsados nuestros jóvenes y queridos correligionarios por un espíritu de reforma y de progreso; bien advertidos de las exigencias de los difíciles tiempos que alcanzamos, é inspirándose en el alto y nobilísimo ejemplo de desinterés, de abnegación y de patriotismo que á toda hora ofrece la conducta de nuestro ilustre y querido jefe, D. Antonio Maura (Muy bien), se aperciben á vivir á la moderna, á ejercitar los derechos y cumplir los deberes de la ciudadanía; á propagar activamente nuestros ideales, á mantener con nosotros la pureza de las esencias del régimen constitucional, base obligada del normal ejercicio de las libertades públicas, y á sacrificar sus intereses, y si preciso fuera sus vidas, en defensa del Rey, á quien todos amamos, y en defensa de la Monarquía, que en España está inseparablemente unida á la grandeza y á la prosperidad de la Patria. (Grandes aplausos.)

Con tan nobles propósitos, con tan plausibles fines, habéis constituido vuestros círculos, reunido vues-

tras asambleas, creado vuestros periódicos, organizado vuestras conferencias, dispuesto vuestros concursos, é intervenido brillantemente en las últimas campañas electorales. Erraríais, señores, grandemente, si consideraseis haber hecho con eso todo lo que de vuestra colaboración esperamos. No: sois jóvenes, sois entusiastas, sois ilustrados y sois patriotas; estáis obligados á más, y yo, que conozco vuestras energías y vuestra fe, vengo á deciros esta tarde: «Queridos correligionarios: Necesitamos vuestro concurso generoso; no ceséis en vuestra labor; hay que seguir adelante, siempre adelante».

El santo y sapientísimo Pontífice León XIII, esa gran figura que llena el siglo XIX, y que iluminará en siglos sucesivos, como foco de luz vivísima, la conciencia de los cristianos y la inteligencia de los sabios; aquel gran Pontífice, de perdurable memoria, dijo á los sacerdotes que debían salir de las iglesias para llegar al pueblo. Ahí tenéis trazado el deber de los hombres políticos, de las clases directoras: llegar al pueblo. Y sobre nadie ha de pesar este deber con mayor imperio que sobre el partido liberal-conservador, porque ese partido, que ha prestado grandes servicios á la Patria, está obligado á no abandonar ninguna propaganda á los partidos extremos; necesita el contacto del pueblo para evitar que se engañe á éste, para decirle la verdad, para atraerle á las ideas de orden, para enseñarle á respetar el derecho y á amar la justicia.

Y nosotros tenemos grandes títulos á la consideración del pueblo; pues nosotros hemos defendido siempre sus derechos políticos, hemos procurado elevar su nivel intelectual y su nivel moral, hemos atendido á mejorar su situación económica, y fuimos, con inclusión de algunos hombres ilustres de otros partidos, cuyos nombres están en la memoria de todos, los primeros y más activos propagandistas del inter-

vencionismo en los problemas sociales, y lo mismo con Cánovas que con Silvela y con Maura, inspirándonos en altos sentimientos de justicia y en nobilísimos propósitos de pacificación social, instauramos en nuestro derecho positivo una legislación obrera de verdadera transcendencia.

Aparte proyectos de ley no aprobados y Reales decretos y Reales órdenes de menor alcance, ved un resumen de nuestra labor:

Ley de accidentes del trabajo, 30 de Enero de 1900.

Ley reguladora del trabajo de mujeres y niños, 13 de Marzo de 1900.

Real decreto de creación del Instituto de Reformas sociales, 23 de Abril de 1903.

Ley del descanso dominical, 3 de Marzo de 1904.

Ley de emigración, 21 de Diciembre de 1907.

Ley creadora del Instituto nacional de Previsión, 27 de Febrero de 1908.

Ley de arbitraje y conciliación, 19 de Mayo de 1908; y

Reglamento de casas de préstamos, 23 de Septiembre de 1908.

Y cuando, con entusiasmo y con constancia, hemos realizado esa labor en tres etapas de gobierno, ¿se nos quiere presentar ahora como indiferentes ante las peticiones y las ansias de mejora de la clase obrera? ¿Y somos nosotros los que, según algunos radicales afirman, no podremos volver á gobernar, porque el pueblo se levantaría en masa para protestar de nuestra presencia en el Gobierno? (Grandes aplausos.)

Hay que decir las cosas como son. Se engaña al obrero cuando se le dice que debe ser omnipotente; se engaña al obrero cuando se le dice que debe ser el elemento social preponderante; se engaña y se envenena al obrero cuando se quiere convertir la diferencia de clases en odios de clases. Precisa decir la verdad, y la verdad es que para la normal existencia

de la sociedad en que vivimos, que sean cuales fueren sus lunares, es al cabo, como dijo el insigne Cánovas, la mejor y más bella de las obras humanas, se necesita establecer la solidaridad entre todas las clases sociales. Unidas deben estar por el amor, y nunca separadas por el odio, porque el amor engendra las grandes obras, y el odio sólo engendra los grandes crímenes. (Aplausos.)

El obrero es un elemento social digno de toda la consideración y estimación de los Poderes públicos; el obrero es factor importantísimo de la producción; pero la producción la integran diversos y complejos factores: el capitalista, tan digno como el obrero del respeto y del apoyo de los Gobiernos; el elemento técnico ó científico, el impuesto, el seguro, el transporte, el riesgo industrial, el arancel, el intermediario, y quizás olvido alguno más. Entre esos factores, la armonía es indispensable para alcanzar la prosperidad industrial, que es la que asegura el trabajo y eleva los jornales. Por eso estas materias son tan delicadas, y exigen detenidísimo estudio antes de convertir las doctrinas en fórmulas jurídicas.

¿Queréis apreciarlo con un ejemplo? Pues voy á someterlo á vuestra meditación.

Salario máximo. Todos conocéis la aspiración obrera al producto íntegro del trabajo. Se dice que el capitalista se enriquece con el sudor del pobre, que retribuye mezquinamente la mano de obra, que explota la necesidad, etc., etc., etc. Pues bien: en Francia se evalúa la producción industrial en 18.000 millones de francos al año, de los cuales 15.000 se destinan á remunerar la mano de obra, y los 3.000 restantes á intereses ó beneficios del capital. ¿Sabéis lo que representaría para el obrero francés la explotación del capital y el reparto íntegro, no del producto del trabajo, sino de la producción en totalidad? Representaría la elevación del salario en una sexta

parte, ó lo que es lo mismo: el obrero que percibe tres francos al día, cobraría 3,50 francos. ¿Y esa ventaja valdría la pena de haber destruido el capital, con todas las consecuencias de semejante despojo? (Aplausos.)

Salario mínimo. En la Cámara de los Comunes de Inglaterra se presentó una proposición fijando el salario mínimo de 30 chelines por semana para los obreros adultos. Los obreros adultos son el 60 por 100 de la población obrera. ¿En cuánto creéis que aumentarían anualmente los gastos de producción en Inglaterra, si se aprobase esa propuesta, que sólo favorece á una parte de la población obrera? Pues aumentarían en más de 2.000 millones de francos. ¿Qué acredita esto? Evidentemente acredita que el problema es difícil, complejo, delicadísimo, y que antes de pasar del terreno meramente doctrinal al de las experiencias, ha de procederse con gran parsimonia, si no hemos de correr el riesgo de inferir por igual un daño al capitalista y al trabajador con fórmulas jurídicas que no estén inspiradas en un exacto conocimiento de las necesidades y condiciones de nuestra vida industrial. Y cuenta que en España, á pesar de los plausibles y continuados esfuerzos del Instituto de Reformas sociales, no tenemos estadística del trabajo; lo cual aumenta por modo considerable las dificultades de que os hablo.

Las leyes de protección, por nuestro Parlamento aprobadas unánimemente, fueron presentadas y discutidas en un ambiente de simpatía hacia las clases trabajadoras, que contaron con el apoyo de la opinión. Ese apoyo es indispensable para toda reforma, y—créame el obrero—si se convierte en elemento de perturbación y de desorden, en vez de ser elemento de vida y de progreso, la opinión pública, lejos de serle favorable, le será hostil, y constituirá una dificultad irresistible para proseguir la política social que desde 1900 venimos manteniendo. (Muy bien.)

Esa puede ser una de las funestas consecuencias del cambio de táctica del socialismo español, que después de haber renegado constantemente de los partidos políticos, condenado los procedimientos revolucionarios y combatido á muerte al anarquismo, aparece ahora incorporado á un partido político burgués—el republicano—, y no habla sino de revolución y emplea procedimientos enteramente, exclusivamente, anarquistas. Y esto no lo afirmo por habilidad política: lo afirmo porque es un hecho que consta á todos, á pesar de las opiniones que, según parece, expuso anteayer en Zaragoza nuestro sabio maestro y respetable amigo mío, muy querido, el Sr. Azcárate.

Ved los textos:

Uno de los más ilustrados y simpáticos directores del movimiento socialista en España, el Sr. Gómez Latorre, escribía en 1903: «Decir, como dicen algunos republicanos, que dentro de la República burguesa los trabajadores hallarán su emancipación, no sólo acusa error profundo, si se sostiene de buena fe, sino que constituye un equívoco que daña á la clase obrera, y es un obstáculo á la posesión de la confianza de la burguesía, que es la que, en definitiva, da y quita el poder en el régimen actual».

Y en el órgano del socialismo, en la *Revista Socialista*, se publicaba en 1.º de Abril de 1903 un artículo, en el cual se leían estas terminantes y clarísimas declaraciones: «Sea ó no capaz el partido republicano de construir, entendemos que el puesto de los obreros no está en sus filas. La causa del proletariado no radica en la variación de la forma de gobierno, siquiera la República sea forma más democrática y conforme á los dictados del buen sentir, sino que tiene su origen en la lucha de clases; antagonismo que no desaparece aunque se introduzca esta modificación; ejemplo: los Estados Unidos, Francia y Suiza. Los obreros que se unan á los partidos burgueses, repu-

blicanos ó monárquicos, *viven engañados*. El único partido en donde pueden estar es en el partido socialista».

Y Mario Antonio escribía en 1905:

«Si esto es así, si la República no es más que un mero accidente importante, es verdad; mas, accidente al fin, irá *contra* el proletariado, trabajará contra los intereses del mismo quien intente desviarlo de su verdadero camino, la lucha por su emancipación económica, para señalarle como principal objetivo la instauración ó la defensa de una República que en nada habría de alterar el caótico sistema de producción que en la actualidad impera.»

¿Se necesitan más textos para demostrar que el socialismo era opuesto á todos los partidos políticos burgueses, y consideraba engañado al obrero que de ellos formara parte? Seguía, después de todo, la orientación trazada por el jefe de los socialistas alemanes, por el famoso Bebel, el cual había dicho: «Siempre hemos sido razonables; dondequiera que algún Príncipe ha hecho algo bueno, desde nuestro punto de vista lo hemos reconocido paladinamente, aunque el autor de la reforma fuera el mismo Emperador. No odiamos á las personas Reales. Como republicanos, combatimos la Monarquía como institución, no por sus personas; idéntica es nuestra situación con respecto á la sociedad burguesa: la combatimos; pero de los males que de ella se derivan no hacemos responsables á sus individuos particularmente».

Esa era la nota del socialismo universal, que hablaba, no de solidaridad obrera, sino de solidaridad humana. Zerboglio escribía en *El socialismo y las objeciones más comunes*: «Entiéndase bien que no justifico, ni siquiera de un modo indirecto, la contumelia y difamación sistemática; armas innobles, que no esgrimen los socialistas, sino los sectarios ó los delincuentes, que se disfrazan de socialistas». «El socialismo es el

más encarnizado adversario de ese odio, que confunde los efectos con las causas, y se dirige al enfermo y no á la enfermedad que padece. No quiero omitir que algunos apóstoles, falsos é ignorantes, del socialismo, son predicadores de odio. Pero es evidente que de estas predicaciones malvadas no son responsables ni el socialismo, ni la lucha de clases».

Y del periódico *La Justicia*, de Reggio Emilia, tomo estas palabras:

«La miseria nace, no de la perversidad de los capitalistas, sino de la mala organización de la sociedad, de la *propiedad privada*; por eso no predicamos el odio á las personas ni á la clase de los ricos, sino la urgente necesidad de una reforma social que, fundada en el consorcio humano, establezca la *propiedad colectiva*.»

¿Se parece este lenguaje al que ahora emplean algunos de los elementos directores del socialismo español, que confundidos con los radicales-conjuncionistas tratan de separar al obrero de las demás clases del Estado, y emplean como armas de uso constante la contumelia y la difamación de que Zerboglio protestaba? (Muy bien.)

¿Y qué diré de los procedimientos anarquistas? Reparad con cuánta razón y elocuencia los anatematizaba un escritor, cuyo nombre me permitiréis que reserve hasta después de haber leído el texto: «Los que en España son partidarios de la huelga general, los anarquistas, ¿qué carácter han dado ó pretendido dar á todos los conatos de ella que han llevado á efecto? El que acabamos de decir. Allí dominan; si la huelga empieza por una petición de aumento de salario ó de rebaja de horas de trabajo, ellos procuran que se desarrolle de modo que resulte un duro choque entre explotados y explotadores: choque del cual esperan que brote la chispa que ha de producir la revolución social. Y esto no lo acreditan solamente los manifiestos

y alocuciones que publican en tales casos, y el querer convertir en huelga general de todos los oficios hasta la parcial de una sola fábrica ó de un simple taller, y el oponerse abiertamente á toda transacción y todo arreglo, sino su propaganda constante contra las Cajas de resistencia, contra la acumulación de fondos».

«Su propósito no es otro que el que los obreros, desesperados por la falta de recursos, y porque los patronos se niegan á concederles todo lo que reclaman, acudan á los medios violentos. ¿Y cuáles han sido los resultados de sus conatos de huelga general? Todos funestos. Sin triunfar siquiera en uno solo, causaron siempre enorme daño á los trabajadores, ya quebrantando su organización, ya originando procesos y persecuciones, ya enviando al cementerio ó á presidio algunos desdichados. En la tan renombrada huelga general de Barcelona se patentizó lo que vale uno de esos movimientos acéfalos. So pretexto de afirmar su solidaridad con los huelguistas metalúrgicos, salieron á la calle todos los obreros de la capital de Cataluña. Este resultado lo obtuvieron los anarquistas, valiéndose en unos casos del halago, en otros del engaño, y en muchos de la amenaza. Como no había unidad de pensamiento en aquellos millares de obreros, ni plan, ni dirección alguna, después de pasear unos cuantos días por la población, volvieron al trabajo, sin conseguir nada absolutamente á favor de los metalúrgicos. De aquella jornada no hubo más resultado que la sangre vertida por consecuencia de varios choques que tuvieron algunos grupos de obreros con la Guardia civil, la muerte de unos cuantos inocentes y buen número de prisiones.»

¿Sabéis de quién es ese texto? ¿Sabéis quién condena con tanta energía la huelga general, quién pinta con tan vivos colores sus pavorosas siniestras consecuencias? El Sr. D. Pablo Iglesias, el *leader* del socialismo español; el que ahora figura en el partido

republicano y en las reuniones de los republicanos; el que proclamó, en ocasión por todos recordada, la doctrina del atentado personal. (Aplausos.)

Ved con cuánta razón he dicho yo que el socialismo, después de medio siglo de propaganda contra los partidos, la revolución y el anarquismo, aparece incorporado á un partido, proclamando la revolución y poniendo en práctica, ó al menos intentándolo, el procedimiento anarquista de la huelga general. Y como con esto perjudica grandemente al obrero, y como eso lleva al obrero á la miseria y á la muerte, según propia confesión del Sr. Iglesias; y como eso retrasa la reforma social y priva á las clases trabajadoras del concurso, del apoyo, de las simpatías de las demás clases del Estado, yo no vacilo en vaticinar que, ó los directores del socialismo cambian de táctica, ó el socialismo cambiará de directores, ó los obreros que en el socialismo figuren abandonarán un partido que para nada se ocupa ya de mejorar su condición. (Grandes aplausos.)

Nosotros, que amamos al pueblo, ante el cual se nos quiere presentar como reaccionarios porque procuramos que impere la justicia y se respete el derecho; nosotros le debemos la verdad, y buscaremos toda ocasión de decírsela y de evitar que viva engañado. Por eso os he aconsejado esta tarde, siendo éste el objeto exclusivo de mis palabras, que salgáis de estos círculos, para llegar al pueblo.

Señores: No sé si estará próximo ó lejano el día en que seamos llamados al Poder: siempre nos parecerá próximo; pues, para nosotros, el Poder es carga pesadísima de responsabilidades que nos abruman; pero en ese día gobernaremos seguramente con el apoyo de la opinión pública y la confianza del proletariado, que ve en nuestra conducta pasada la garantía más firme de que habremos de continuar en lo porvenir el camino de las reformas sociales que

favorecen á las clases trabajadoras, por las que hemos mostrado un interés que no supera, ni iguala, ningún partido político. Y la opinión nos apoyará, además, porque ella sabe que el partido liberal-conservador es un partido fuerte, extenso, entusiasta, disciplinado, progresivo, en el cual la semilla de la discordia jamás fructifica; y ella hace justicia á la rectitud, á la fe y al patriotismo del insigne hombre de Estado que nos acaudilla, á quien nos unen, más aún que los vínculos de la disciplina, los de la admiración, el respeto y el cariño. (Grandes y entusiastas salvas de aplausos, que se repiten varias veces.)

